

Ignacio Zuloaga y las Exposiciones de Artes e Industrias de Eibar

Autor: Mikel Lertxundi Galiana

Nacido en 1870, Zuloaga mantuvo siempre una estrecha vinculación con su población natal, pese a haber vivido con intermitencia en ella durante su infancia y primera juventud: entre 1873 y 1876 residió en San Juan de Luz a causa de la última guerra carlista; entre 1881 y 1884 estudió en dos colegios en París; entre 1884 y 1886 permaneció interno en la Escuela de Comercio de Bergara; y entre 1886 y 1887 inició sus estudios de pintura en Madrid, que a partir de 1888 proseguiría en Roma y, de nuevo, en París. De estos veinte primeros años de existencia, no fueron muchos, por tanto, los periodos que pasó en Eibar, aunque ello no disminuyó su sentimiento de pertenencia.

Una de las formas de mantener el contacto, además de las recurrentes visitas a la casa familiar (al menos hasta que pasó a otras manos), fue por medio de las Exposiciones de Artes e Industrias (EAI) que periódicamente se organizaron en la ciudad. Concebidas para promocionar sus productos manufactureros (en especial de armería, ferretería y metalistería), en varias de sus ediciones mantuvieron las puertas abiertas a una desigual presencia de las artes plásticas. La primera se remontaba a 1865, organizada como uno más de los festejos con los que se agasajó a la reina Isabel II durante una estancia en el palacio de Isasi. Dos décadas después, en los años ochenta, las muestras que mezclaban lo industrial con lo artístico se pudieron ver en distintas poblaciones vascas. Eibar tuvo la suya en el verano de 1887; la primera edición a la que Zuloaga concurreó. En medio de los ejemplos de su competencia industrial, los visitantes pudieron ver varios cuadros y dibujos del entonces aspirante a pintor, y, entre ellos, una de sus primeras obras conocidas con título: *El ciego de Arrate*.

Casi veinte años más tarde, en 1908, volvió a participar en la siguiente EAI, con la diferencia de que ya no se trataba de un joven inexperto que comenzaba su formación y su contacto con el público, sino de un artista consolidado que llevaba una década disfrutando de un gran éxito internacional. Aunque para entonces había expuesto en gran parte de Europa y su obra era solicitada por los principales museos y coleccionistas europeos, no quiso faltar a una cita que mejoró algo las precedentes. Proyectada en el contexto de las Fiestas Euskaras que ese año se iban a celebrar en la villa, se centró en las secciones de armería, grabado y damasquinado, maquinaria y herramientas, y sociología, aunque reservó una somera representación a las Bellas Artes. Junto a una selección de piezas de otros dos pintores locales, Hilario Unceta y el notable Jacinto Olave, Zuloaga mostró una de sus pinturas más relevantes. *El enano Gregorio el botero* (1907), pintado el año anterior en Segovia, venía de generar una auténtica conmoción en su presentación en el Salon de la Société Nationale des Beaux Arts de París. En Eibar, según Alfredo Laffitte, se convirtió en "la nota sugestiva del certamen".

Los plazos para la siguiente exposición se acortaron, y en 1914 llegó una nueva EAI, con la que se trató de paliar la crisis en la que estaba sumida la industria armera como consecuencia del descenso de las exportaciones, pero que a la vez sirvió para inaugurar el edificio de la Escuela de Armería. Zuloaga, convertido ya en una figura de prestigio absoluto, fue nombrado presidente honorario de la exposición y consultado durante gran parte de las gestiones para su organización. Los promotores desearon una mayor implicación por su parte, y le encargaron un boceto del cartel anunciador, que finalmente resolvería con fortuna Olave. Durante todo el proceso se advierte la tutela de Zuloaga, que, además de seguir de cerca todos los preparativos, propuso el criterio que distinguiría a este certamen del resto de previos y futuros. A él se debe la idea de que la sección industrial fuera provincial, y la artística, regional. Además de promover un llamamiento a los artistas guipuzcoanos, logró que la Asociación de Artistas Vascos de Bilbao sumara esfuerzos para proporcionar una mayor trascendencia a la cita. De los contactos personales de Zuloaga con su secretario, el pintor Antonio de Gueza, surgió una exposición que tiene un lugar destacado entre las muestras colectivas de principios del siglo. Su intervención le llevó incluso a dirigir la colocación de las obras en los locales, que realizó en compañía de su amigo, el también pintor Pablo Uranga, y probablemente, de Olave. La EAI reunió a 40 artistas, aunque las obras que provocaron una mayor fascinación fueron precisamente las del propio Zuloaga: *La víctima de la fiesta* (1910), *Buffalo, cantor de Montmartre* (1913) y *Retrato de Adela Quintana* (1910). Como sucedía en París cada vez que concurría a un salón, los visitantes se agolpaban frente a sus pinturas ("absorbe por completo la atención del público", decía la prensa).

Pese a lo exitoso del resultado, la siguiente EAI tardó trece años en concretarse. La edición de 1927 se organizó además en dos meses, lo que pudo motivar que su sección artística fuera mucho más sobria que la de 1914, y que se limitara a tres creadores eibarreses: Zuloaga, Olave y Carlos Elguezua. Pocos días antes de la inauguración, el primero envió varias obras que tenía en su casa de Zumaia: *Don Plácido Zuloaga en su taller* (1895), *Retrato de la artista rusa Malinowska* (1912) y *Torerillos en Turégano* (1913). Ninguna de ellas era ejemplo de su producción más reciente.

Esta fue la última ocasión en la que Zuloaga expuso en Eibar, pues las EAI de 1929 y 1932 no consideraron necesaria una sección dedicada al arte, que fue desterrado en favor de productos más prosaicos; ejemplos diversos de su capacidad industrial. La segunda fue la última celebrada antes de la Guerra Civil, y, como aquella primera de 1865, se planeó para aprovechar la visita de una personalidad; en este caso, del presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora. El día de la inauguración, en cambio, Zuloaga se encontraba entre los que recibieron al político y le acompañaron por las instalaciones.

Gracias a estas cuatro colaboraciones, los eibarreses pudieron hacer un seguimiento de la trayectoria de su paisano, desde su etapa inicial a la madura, y conocer de primera mano algunas de las obras que le dieron fama internacional.